

Por qué escribí

Tatiana Oroño

«Porque escribí, porque escribí estoy vivo», escribió Enrique Lihn, muerto el 11 de julio de 1988 al tiempo que, con la delegación uruguaya a Chile Crea,¹ aterrizábamos en Santiago dispuestos a conmemorar el Día de la Poesía visitando la tumba de Neruda, ceremonia que el azar convirtió en despedida al poeta de *La musiquilla de las pobres esferas*. Unos veinte años antes, Theodor Adorno había dictaminado en Alemania: «Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie».

Considerando retrospectivamente el sentido atribuido a ambas proposiciones, razonablemente antagónicas, en el escenario de fines de los ochenta por alguien que había publicado su primer poema de homenaje al Che en 1969, asistido a la asunción de Salvador Allende en 1970, además de haber publicado —clandestinamente—, en 1975, dos textos de homenaje a la compañera de militancia y estudio torturada hasta la muerte en 1974² y su primer libro —última edición de la Comunidad del Sur antes de partir al exilio—, en 1979,³ ambos dictámenes resultaban compatibles. Porque el mismo horizonte de expectativa los alineaba: detrás de uno y otro el postulado de principios anclaba en la defensa de los derechos de la vida.

Durante los setenta y buena parte de los ochenta los derechos a la vida fueron violados por el terrorismo de Estado bajo el ala del Plan Cóndor y sistemáticamente se ejerció el ultraje a la constelación de todos aquellos otros derechos que la ONU sancionara en 1948 tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial. La violencia estatal y paraestatal entre nosotros incluía discursos de impostura: gestualidad y mensajes verbales. Pretendían aniquilar la emergencia y/o circulación de pensamiento disidente, es decir, la producción de pensamiento que, como ya sabíamos, se elabora articulándolo en estructuras verbales. Nos cercaba y asfixiaba la circulación de discursos falsos, viscosos, corrompidos. Nuestras respuestas pretendieron mellar aquella barrera insalubre. Durante y después de *infiernos* grandes y chicos, durante y después de los *vuelos de la muerte*, aquella poesía y el giro de su dialéctica interna consistió en resistir, justamente, a la barbarie. En 2014, evocando aquel tiempo, escribí: «Con qué hacíamos poesía / juan carlos macedo y los demás / nosotros // (cuando todo caía / nosotros escribíamos) // peregrinos sin tierra prometida / hacíamos poesía // con poesía».⁴ Aunque tautológico, el cierre del poema es veraz. Aún me conmueve evocar aquella resistencia ejercida desde la negativa a la obsolescencia de las voces.

Mi primer poema publicado, «Diario/Documentos», recogía precisamente otras voces. En primer lugar la del autor de aquel diario (un cuaderno con doble entrada: archivo de documentos y bitácora de campaña), caído en Bolivia el 8 de octubre de 1967: «Arroyos, cañaditas, chacos / soldados y yegüitas / soldaditos a veces / cuando pasan con frío / o cuando se desangran / en la arena del río / bocabajo». Así empezaba el texto —o mejor, el *intertexto*— y seguía así, recuperando alteridades, voces silenciadas, queriendo que sonaran nuevamente y juntando las del *Diario del Che* con las de los documentales de la *Cinemateca del Tercer Mundo* y otras, identificables y cercanas, a coro. Un coro a viva voz que remataba con una invitación: «Fernando Sacamuelas, vente a la tierra entera».

1 Chile Crea fue un encuentro internacional de artes y ciencias convocado en las vísperas del histórico plebiscito de octubre de 1988. La delegación uruguaya, compuesta por 17 participantes, estuvo presidida por Eduardo Galeano y Belela Herrera. Algunos de sus integrantes fueron Daniel Viglietti y José Luis Massera.

2 Nibia Sabalsagaray (1949-1974). («Y es preciso / hacerle un duelo activo de pintadas / de calles que la nombren / De escoleras, de muros imborrables. Hacerle un duelo claro como una sola savia. (...) Que el fruto lacerante de su vida / nos aguarde y nos una»). «Carta».

3 (*El alfabeto verde*, 1979. Ediciones de la Balanza, Montevideo). Reeditado en 2019 por la Editorial Lisboa, Buenos Aires.

4 El poema está dedicado a Elder Silva y a Víctor Cunha (*Estuario*, 2014. Estuario Editora, Montevideo).

Así también, en 1976, Juan Carlos Macedo (1943-2002), poeta de mi generación,⁵ había escrito:

Este trabajo de soledad —y olvido— (...)
este trabajo: poesía
de organizar el sol
doblar los días,
mantener en las noches un ojo que vigila
(...) ese trabajo: poesía,
de enlazar las palabras
de inventar cada voz en las palabras, de juntar
las palabras con la vida.⁶

Porque se trataba de juntar. De «juntar las palabras con la vida». De pensar, pensarnos, arañar las máscaras, querer saber («saber es fundamental para la poesía, no solo para la aventura humana», escribió Eduardo Milán), horadar las cáscaras falaces («Rascá la cás-cará», cantaba Jorge Lazaroff en 1980) con la honda de la nuda palabra. Esa fue la episteme que concilió escritura de poesía con contextos de violación de los derechos humanos por estos lares. Aquella pulsión de vida se expresó en una erótica de la lengua que nos impulsó a no entregar la plaza. A escribir —como se ha repetido tantas veces— entrelíneas, queriendo burlar la grosería de la censura para llegar a destino: la cercanía, la proximidad, la fe de vida.

Ahora bien, dado que escribo a solicitud de «un registro testimonial de experiencia de escritura en torno al tema de esta convocatoria» (es lo que pide Gabriela por WhatsApp), podría dejar por acá. Pero no. No es posible porque la experiencia de escritura en estos tiempos de pandemia, tecnología y catástrofe se distingue de aquella otra en que multiplica factores de incertidumbre y es menos esperanzada. (Hablo de mí, septuagenaria y abuela que hace cálculos ante las conclusiones que rodean el espectáculo de las cumbres del clima —con la de Glasgow suman veinticuatro— y los años de vida que irán sumando mis vástagos de segundo grado). Sabemos que asistimos a la crisis del capitalismo, sabemos que el motor del capitalismo es la acumulación, que la acumulación es depredadora («Nadie amasa una fortuna sin hacer harina de los demás», enseñaba Mafalda), sabemos que el frenesí acumulativo es un derrape al vacío, pero que, antes del cataclismo del que algunos se pondrán a salvo en estaciones espaciales o búnkeres subterráneos, el frenesí inercial va arrasando con pasado y presente de cultura y naturaleza, y también sabemos que, mientras tanto, aparte de la huella de carbono, va dejando la huella irreparable de cuerpos minados por el crimen global contra la vida. «Los derrotados son la realidad», escribió Macedo. Así era.

¿Y hoy, entonces?

Hoy hay que porfiar en el oído de quien tenga oídos para oír. Es decir: seguir escribiendo para alguien. Así sea para nosotros mismos, como declaraba Idea, con la finalidad de honrar las causas perdidas en primer lugar (lo mejor del pasado) y, en segundo lugar, en mérito a lo mejor del futuro que sigue estando en la cercanía, en el fraseo amoroso. No hace todavía un mes, Noé Jitrik (2021) publicó un artículo que redescubre este principio. Escribió: «El erotismo, más allá de la vulgar identificación con lo exclusivamente sexual reside (...) también en el básico gesto de la escritura, la escritura per se, en la fuerza de la representación (...) como el ariete que detiene los arrebatos del Tánatos» (párr. 9).

En estos infaustos tiempos de pandemia y crisis planetaria su conclusión ilumina el hoy y de paso el ayer que estoy evocando porque, Jitrik dixit: «Justamente el combate contra la peste descansa sobre un impulso erótico que sigue buscando las maneras de hacer retroceder la muerte». Y entonces, caros colegas, para despedirme convoco otras voces tal como ha sido y es natural en nuestra profesión, tal como lo hizo aquel lejano poema de 1969 (tras la muerte de Ernesto Guevara en 1967 y tras la «muerte del viejo Uruguay» en junio de 1968). Escribo y escribí en tiempos adversos y a pesar de ellos, porque «los mensajes perdidos / inventan siempre a quien quiere encontrarlos», como dictaminó Roberto Juarroz. Escribo y escribí porque creo con Walter Benjamin que: «Nada de lo que una vez aconteció ha de darse por perdido para la historia». También porque, como ha escrito Riccardo Bolognino: «El pasado, por marginal que sea, actúa en el presente». Y sobre todo porque en el libro *Campo y ciudad*, que es una de las joyas de mi biblioteca, Raymond Williams escribió: «En todas partes las historias detalladas indican que muchas formas, muchas prácticas y muchos modos antiguos de sentir sobrevivieron (...) y entonces, lo que parece un orden antiguo,

5 Hasta donde yo sé, recibimos distintas denominaciones: «generación del silencio», «de la mordaza» y/o «del remo».

6 «Razón e hipótesis de juego» (*Durar III. Resistencias*, 1986. Arca, Montevideo).

continúa apareciendo, reapareciendo en fechas desconcertantemente diversas». La tarea, paradójica en su contexto histórico, sigue siendo elaborar memoria como construcción de sentido; sigue siendo construir: «Construir / en el polvo // cimentar en la lava / excavar en el aire // apuntalar en punto imaginario / sostener la mirada / contener el aliento / levantar el andamio». ⁷

7 «Construir» (*Morada móvil*, 2004. Artefato, Montevideo).